

La *Ilíada* de Homero

Poema épico en veinticuatro cantos (804 versos hexámetros), su tema es un episodio de la guerra de Troya, la cólera de Aquiles, que se sitúa al final del asedio a la ciudad. Agamenón, el jefe de los aqueos, ha arrebatado a Aquiles su cautiva Briseida. Aquiles, furioso, decide abandonar los combates y su madre Tetis consigue que la afrenta infligida a su hijo sea vengada por Zeus con la derrota de los griegos (canto I). Tras el recuento de las fuerzas presentes, ambos bandos deciden terminar la guerra mediante un combate singular entre Paris y Menelao. Pero Afrodita saca del combate a su hijo Paris en el momento en que iba a ser vencido.

Al quedar roto el pacto entre troyanos y griegos, se reanuda la guerra (cantos II–IV). Ayudados por Atenea, los griegos, y particularmente el héroe Diomedes, triunfan sobre los troyanos (canto V). Tras un canto dedicado esencialmente al regreso de Héctor a casa y a su despedida de Andrómaca, su mujer (VI), el combate se reanuda y consagra la victoria de los troyanos (VII–VIII). Se intenta vanamente que Aquiles regrese al combate (IX) y Ulises realiza una expedición nocturna con Diomedes en el campamento troyano (X).

La contienda se reanuda y en esta tercera batalla el primer papel corre a cargo de Agamenón (XI). Los troyanos llegan hasta la flota de los griegos y les infligen una severa derrota (XII–XV).

Los cuatro cantos siguientes suelen designarse con el nombre de «Patroclia», ya que contienen un episodio decisivo para la acción: la muerte de Patroclo. Éste, tras haber obtenido de Aquiles sus armas, se lanza al combate y perece a manos de Héctor, que le despoja de su armamento (XVI). Desesperado por la muerte de su amigo, Aquiles decide vengarse reanudando el combate y Tetis le hace fabricar por Hefesto una nueva armadura, con un escudo maravillosamente adornado.

Tras haberse reconciliado con Agamenón, Aquiles se prepara para combatir (cantos XVII –XIX). Se inicia la última batalla: Aquiles se entrega a una verdadera matanza en las filas de los troyanos y, tras haber perseguido a Héctor alrededor de la murallas de Troya, lo mata (XX–XXII).

El canto XXIII está dedicado a los juego fúnebres en honor de Patroclo. Después, Aquiles cede a los ruegos del viejo rey Príamo, que ha llegado para reclamar el cuerpo de su hijo Héctor, y la obra acaba con las exequias

del héroe troyano (XXIV).

A pesar de la extensión de este poema, sin embargo, forma una unidad clara y sencilla, bien fundamentada tanto interna como externamente. La acción, narrada directamente por el poeta, ocurre en el décimo año de la guerra de Troya.

La acción principal de la cólera de Aquiles, puesta en movimiento en el canto I, está combinada con una acción más general, que le sirve de fondo, la de la guerra de Troya, que, aunque ya está en su noveno año, se presenta casi con la novedad del primer día de lucha: de ahí la enumeración de los combatientes en los dos catálogos del canto II, el duelo de Paris y Menelao (principales interesados en la guerra) en el III, las intervenciones de otros grandes capitanes, como Diomedes, Áyax, Ulises, Idomeneo. Y una y otra acción están entretreídas, no meramente yuxtapuestas, con todo el aparato divino, que unas veces se mueve independientemente en el monte Olimpo o en el monte Ida, y que otras actúa juntando los hilos de su acción a los del acontecer humano.

El plan que para desagrar a Aquiles concibe Zeus en el canto I no se cumple hasta el canto XI. Pero la acción se desarrolla de modo imprevisto, pues quien interviene es Patroclo, es la muerte de éste lo que impulsa a Aquiles a participar de nuevo en la lucha y es el propio Aquiles el que en el canto XVII, se anticipa

a la satisfacciones que quiere darle Agamenón y prefiere olvidar lo ocurrido. La intervención de Aquiles conduce en un formidable clímax (nuevas armas forjadas por Aquiles; llanto de sus caballos; batalla general de los dioses; el Escamandro, dios fluvial, se enfrenta a Aquiles; Hefesto, dios del fuego, reduce al Escamandro) al punto culminante de la acción, que es la muerte de Héctor, para luego llegarse, en los cantos XXIII y XXIV (funerales de Patroclo, rescate del cuerpo y funerales de Héctor), a una relajación emocional que deja que, al final del poema, prosiga la guerra contra Troya, que ha servido de fondo para la acción principal.

La tensión y la lógica con que se desarrolla la acción resultan de interés por el acontecer humano, en el cual, no obstante la intervención divina, no debe verse como una concatenación de culpas y castigos. Sería no comprender la *Ilíada* admitir en ella un plan moral superior y creer que Agamenón es responsable de su actitud frente a Aquiles en el canto I, que Aquiles es culpable de persistir en su cólera, que la muerte de Patroclo fue su castigo y que el devolver el cadáver de Héctor era reconocerse culpable de su muerte. El hombre homérico no tiene libertad, es el instrumento manejado por fuerzas superiores que se apoderan de él.

El plan de la acción está concebido dinámicamente y esta tensión es la que Aristóteles (*Poética* XXIII 1459a 30) reconocía en la *Ilíada* como característica que la distinguía de los poemas cíclicos.

El acontecer decisivo está concentrado en cuatro días, que sólo llegan a cincuenta y uno si se les suman días vacíos de acción, como los nueve que dura la peste, los doce de estancia de los dioses entre los etíopes, los doce de ultrajes al cadáver de Héctor y los nueve que gastan los troyanos en acarrear leña para su pira funeraria.

Este dinamismo está conjugando con la aplicación de una técnica dilatoria, que hace crecer la impaciencia del auditorio o del público lector y crea una situación de prolongado «suspense». El descalabro de los griegos, previsto en el plan de Zeus del canto I, se demora hasta el XI y ello deja sitio libre para que, en ausencia de Aquiles, otros caudillos griegos realicen grandes proezas. Al final del canto XI está claramente concebida la intervención de Patroclo con las armas de Aquiles, pero no se produce hasta el XVI. Muerto Patroclo en el canto XVI, la noticia de su muerte no le llega a Aquiles hasta el canto XVIII, y, aunque la incorporación de Aquiles parece inminente, éste no combate hasta el canto XX y sólo en el XXII tendrá lugar su duelo con Héctor.

Todo el conjunto refuerza la impresión de unidad por una serie de toques magistrales, que confieren a ciertos personajes una auténtica grandeza trágica.

Así, hay flotando en el ambiente el presentimiento, casi certidumbre, de que llegará un día en que Troya será destruida. Lo expresa Agamenón al contemplar la herida que Menelao ha recibido por la flecha de Pándaro (canto IV); lo manifiesta Diomedes al rechazar la proposición de retirada (VII) y sale de la boca del mismo Héctor en su despedida de Andrómaca (VI), para quien la suerte de Troya se vincula cada vez más a la de Héctor.

El propio Aquiles, desde el canto I, está bajo el destino fatal de su propia muerte, que le da grandiosidad cuando en el canto XVIII decide vengar a Patroclo, a pesar de que, dando muerte a Héctor, acelerará la suya propia.

La figura de Héctor, el buen hijo, el defensor de su patria en una causa ajena, se hace mayor por su conciencia de víctima. En el canto VI Andrómaca le llora como muerto y él piensa ya en la esclavitud a la que su esposa se verá reducida. Y, sin embargo, en el calor de la lucha desoye la triple advertencia que le hace el prudente Polidamante en los cantos XII, XIII y XVIII, de la que sólo se acordará en el XXII, cuando se encuentra solo, entregado a su destino, frente a Aquilea.

Realizado por Enrique Celis Real

La Iliada y la furia de Aquiles

La Iliada

INTRODUCCION

La Iliada contiene 15.690 versos o hexámetros dactílicos, ritmo de verso basado en la repetición de dos sílabas cortas seguidas de una larga, separados entre sí por una pausa. Su composición se atribuye a Homero (s.VIII a.C.) que recopiló en su poema antiguos mitos y tradiciones orales sobre las guerras que los griegos mantuvieron contra los troyanos por arrebatarles y obtener el control comercial del Estrecho de los Dardanelos, el Helesponto, hechos anteriores a la edad del hierro o de sus inicios que se remontan al siglo XIII/XII anterior a nuestra era (ane), una contienda que duró cerca diez años. La fábula o mito sobre el origen de la Guerra de Troya, con el rapto de Helena, está recogida en nuestra página, [La Manzana de la Discordia](#), que recomendamos a aquellos interesados en ampliar conocimientos sobre los mitos griegos del pasado. También existe información sobre los enfrentamientos históricos entre griegos y teucros, y, más tarde, con persas y turcos, en nuestra página dedicada a la Historia de Herodoto.

Desde entonces, han sido muchas las versiones que han aparecido sobre la guerra de Troya. Los griegos y los romanos recrearon corrigieron y aumentaron los textos homéricos: Dante, Virgilio, Ovidio y otros muchos de sus contemporáneos incluyeron en sus obras menciones a los héroes míticos de Homero y a su epopeya. Durante la Edad Media y, especialmente, a finales de ésta, se hicieron nuevas y vistosas ediciones de la Guerra de Troya, basadas en textos que se suponían más antiguos que los de Homero. Dares "el frigio" y Dactis "el cretense", dos personajes de dudosa existencia, que se auto atribuyeron el caprichoso honor de considerarse partícipes y cronistas de los hechos narrados, uno en cada uno de los ejércitos contendientes, fueron considerados más veraces que Homero en sus respectivos escritos sobre los acontecimientos y, en ellos, se inspiraron varios autores medievales. Entre los que destacaron el poema francés, el *Roman de Troie* de Benoit de Saint-Maure, escrito en torno a 1160. En éste poema se inspiró, a su vez, el juez siciliano Guido delle Colonne, de Mesina, que escribió su libro, concluido en 1287, *Hystorya destructionis Troiae*, en el entonces universal latín, con lo que consiguió una gran difusión en aquella época y durante los siglos posteriores, hasta bien entrado el XVIII. Ambos autores incorporaron a sus obras las novedades literarias que con el paso de los tiempos se habían generado sobre la legendaria contienda entre griegos y troyanos.

Nosotros, en estas páginas, hemos adaptado, como hicimos para elaborar nuestra página sobre [Diomedes](#), una parte del contenido de los episodios, recogidos entre los cantos XVI a XXIV y último de la Iliada de Homero, que sucedieron durante los últimos cincuenta días de la guerra. Para ello nos hemos basado en las traducciones de Emilio Crespo Güemes y de Luís Segalá Estalella, en respectivas ediciones de las editoriales Gredos y Juventud, entre las que cabe apreciar grandes diferencias de redacción y musicalidad textual, si bien los hechos narrados mantienen total similitud. También se puede apreciar que los traductores tomaron diferentes documentos de referencia, para su traducción, del griego y del latín. Los escritos originales, a partir de los que se han realizado las traducciones que conocemos fueron copias o adaptaciones de los pergaminos originales, ya desaparecidos, y proceden, respectivamente, de los últimos siglos del milenio anterior a nuestra era o de los primeros del primer milenio de nuestra era.

Por todo lo dicho, no resulta ocioso tener en cuenta que a lo largo de los tiempos se introdujeron grandes variaciones a los poemas originales homéricos, tanto de forma como de fondo, para hacerlos comprensibles a sus sucesivos lectores en función de las costumbres al uso o para enriquecerlos con informaciones y conocimientos posteriores a la época de Homero, aportadas por sucesivos autores posteriores. Por ejemplo, el rito de incinerar los cadáveres no se implantó en Grecia hasta el año 464 a., según [Herodoto](#). Sin embargo, en los textos de las versiones conocidas de la Iliada esta costumbre funeraria es aplicada durante las honras fúnebres de los héroes caídos en combate unos ochocientos años antes. Asimismo, dependiendo de que la adaptación de la obra fuera realizada por griegos o romanos, las deidades toman su nombre mítico del griego o de su versión en latín. Nosotros hemos elegido nombrar los dioses según la mitología griega, indicando

también su denominación romana. Desde su redacción original, la Iliada y, también, la Odisea, han conocido un sinnúmero de ediciones hasta nuestros días que fueron objeto de deseada lectura por más de 100 generaciones. Todo un éxito editorial.

Procuraremos, al final de estos textos y a modo de epílogo, ofrecer un diálogo entre sus autores y auténticos coprotagonistas de la Guerra de Troya: **Aquiles y Diomedes**.

Troya

Troya o Ilión, también llamada Pérgamo en la antigüedad, era la capital de Troade, región de Asia Menor, situada cerca del Bósforo. Fundada por los pelasgos hacia el 1500 a., o por Dardano, o Tros, su nieto, su historia se confunde con las épocas mitológicas griegas. Los trabajos arqueológicos realizados por Heinrich Schliemann (1822–1880), un judío, deslumbrado desde su infancia por la lectura de la Iliada, revelaron el emplazamiento de la ciudad de Ilión en la colina de Hissarlik de la actual Turquía. Allí se descubrieron importantes tesoros que fueron sacados con sigilo del lugar. Hasta entonces Ilión y la Iliada fueron consideradas, durante milenios, pura imaginación de Homero y de los cantos de otros bardos en los que éste se inspiró.

Los numerosos niveles que distinguieron los arqueólogos, en el mismo lugar, correspondieron a destrucciones y refundaciones sucesivas de la ciudad sobre el mismo asentamiento, algunas de ellas fueron recogidas por la mitología: después de la construcción de las murallas atribuida a Poseidón y Apolo, fue saqueada por Hércules bajo el reinado de Laomedonte, que murió con casi todos sus hijos, ya que solo sobrevivió Príamo. La guerra de Troya debió comenzar hacia el 1220 a.C. y la ciudad cayó en el 1209 a.C. El geógrafo griego Eratóstenes fechó la guerra de Troya entre el 1194 y el 1184. Arqueólogos modernos la fecharon con anterioridad, entre el 1570 y el 1200 a., en la Edad del Bronce o micénico reciente, ya que el hierro solo era empleado como artículo ornamental por los protagonistas de epopeya homérica.

El Rapto de Helena fue el pretexto para desencadenar la guerra de Troya, aunque los verdaderos motivos debieron ser otros, ya que los estados griegos fueron presionados desde el norte, por pueblos que ya dominaban las armas de hierro y que penetraron en Grecia durante los últimos siglos del segundo milenio anterior a nuestra era (a., o a.C., o ane.). Muchos reinos griegos debieron verse impulsados a buscar nuevos horizontes y atacaron Troya para hacerse con las rutas comerciales que los troyanos controlaban por su control del Estrecho de los Dardanelos y de las costas de Asia Menor. La coalición de las tribus griegas contra los "bárbaros" asiáticos contó con un ejército de unos cien mil hombres bajo el mando de Agamenón, rey de Argos, el más destacado reino de Grecia, al que acompañaron: su hermano Menelao, rey de Esparta; Nestor, rey de Pilos; Aquiles, rey de Ftía (Tesalia), país de los mirmidones; Ulises, rey de Itaca y otros reyes y héroes como Diomedes, Ajax, Idomeneo, Filoctetes, etc. La ciudad cayó y fue incendiada, después de 10 años de asedio, y los supervivientes fueron exterminados o reducidos a esclavitud y deportados. El único héroe que se salvó fue Eneas, protagonista de la "Eneida" de Virgilio, quien erró largo tiempo antes de establecerse en Italia y fundar una estirpe en la que Roma quiso hallar sus remotos y legendarios orígenes.

Aquiles

Fue hijo de la diosa Tetis y del mortal Peleo, rey de los mirmidones, un pueblo situado en la Tesalia meridional. Eran descendientes del rey Mirmidas, cuya hija fue seducida por Zeus que para la conquista de la bella princesa se metamorfoseó en una hormiga. Según el historiador Estrabón los mirmidones se dieron ese nombre porque sus tierras eran ingratas y eso les suponía, para poder labrar los campos, tener que retirar muchos pedruscos, para lo que formaban largas cadenas humanas, como hacen las hormigas. Cuando Tetis alumbró al niño, le llamó Aquiles que quiere decir "sin labios" ya que al principio no quería mamar la leche de sus pechos (curioso, dado el nombre materno). Tetis le quiso hacer invulnerable y, para ello, le sumergió en lago Estigia sujetándole por los talones que, de esta forma, quedaron secos y vulnerables. También se atribuía su invulnerabilidad a que Tetis cauterizó su cuerpo y lo cubrió de Ambrosía, el néctar de los dioses. Pero

Peleo arrancó con violencia al niño de sus manos y, éste, quedó con un talón carbonizado, que Peleo substituyó por la taba del gigante Damiso, célebre por su velocidad en la carrera. De ahí que se le nombrara como "el de los pies ligeros". También se le llamaba "el de la dorada cabellera", "el más valiente de los griegos", "Pelida", hijo de Peleo, etc. El niño fue confiado al centauro Quirón, quien le alimentó con fieros jabalíes, entrañas de león y médula de oso para aumentar su valentía; además, le enseñó el tiro con arco, el arte de la elocuencia y la curación de las heridas. La musa Caliope le enseñó el canto, y el profeta Calcante predijo que se le daría a escoger entre una vida corta y gloriosa o larga en años y anodina. El héroe escogió la primera y cobró fama por sus azañas y grandes aventuras, siendo, las últimas, las narradas en la Iliada.

Introducción a la Iliada

La Iliada comienza con el grande cabreo de Aquiles, porque Agamenón, rey de los aqueos y jefe de la expedición griega contra Troya, se ha empeñado en quedarse con su esclava favorita, Briseida. En señal de protesta, Aquiles, con su ejército de mirmidones, decide mantenerse al margen de la batalla, en su campamento, junto a las naves griegas atracadas en las playas del Estrecho de los Dardanelos, cercano a Troya. (El Estrecho de los Dardanelos, Helesponto, es la franja marina que une el Mar Egeo con el Mar de Mármara; así como el Mar de Mármara se comunica con el Mar Negro, por el Estrecho del Bósforo). Esta decisión supone un grave perjuicio para los aqueos (nombre genérico dado a los griegos de la época micénica) que son diezmados por los defensores de Ilión, la acosada ciudad troyana donde residía el rey Príamo, padre de Héctor y de Paris (Alejandro), el raptor de Helena, esposa de Menelao, el hermano de Agamenón.

Los pocos días de batallas del décimo año de la guerra contra Troya que abarca el poema de la Iliada, van transcurriendo con suerte alternativa para ambos ejércitos. Los aqueos tratan en varias ocasiones de conseguir que Aquiles abandone su pasividad y les ayude a conseguir la victoria, pero él se mantiene en sus trece hasta que su amado primo y ayudante, Patroclo, es muerto por Héctor, el líder troyano.

Los dioses, divididos en dos bandos y, en continuo ir venir del Olimpo, contemplaban la batalla desde el Monte Ida, situado a unos setenta kilómetros de Ilión, e intervenían en ella de forma encubierta encarnándose en héroes de apariencia humana. Unos apoyaban a los griegos y otros a los troyanos. Zeus actuaba de árbitro, tomando decisiones en favor de uno u otro bando según consideraba que debía equilibrar la marcha de la batalla. Apolo fue el dios que más se significó en el apoyo a los troyanos, no en balde la leyenda le atribuye la fundación de Troya.

La muerte de Patroclo

Patroclo, ante la pasividad de su general en jefe e "íntimo amigo", solicitó su permiso para incorporarse a la lucha utilizando las armas y la armadura de Aquiles. Aquiles se lo concedió, recomendándole que no se arriesgara demasiado. Pero Patroclo, enardecido por el fragor de la contienda, dio muerte a varios troyanos, entre ellos a Sarpedón. Aquello desagradó a Zeus que empezó a planear su muerte y alentó que Héctor y los suyos le acosaran sin descanso. Apolo que, siguiendo órdenes de Zeus, rescató el cuerpo de Sarpedón para que los "hermanos gemelos, Muerte y Sueño", lo transportaran a Licia y pudiera ser enterrado con todos los honores. Después se encarnó en Asio, tío de Héctor, y se dirigió a él con estas palabras: "...guía los corceles de duros cascos hacia Patroclo y trata de matarle, Apolo te dará apoyo". Cuando Patroclo vio que el carro de Héctor se acercaba velozmente, lanzó una piedra que acertó en plena frente del auriga de Héctor, haciendo que sus ojos saltaran de las órbitas, cayendo en el polvo. El auriga cual si fuera un buzo, cayó del asiento a tierra. Héctor descendió del carro y se enfrentó a Patroclo..." Se enfrentaron como dos leones hambrientos que en el monte pelean furiosos por el cadáver de una cierva..., pues así tiraban el uno y el otro del cuerpo exánime del auriga". Ayudado por los aqueos, Patroclo se hizo, al fin, con el auriga muerto y siguió atacando a los teucros que defendían a Héctor. Pero había llegado su hora. Apolo, en la confusión del combate, le golpeó por la espalda y le quitó el refulgente yelmo de Aquiles, que rodó sobre el polvoriento suelo por primera vez desde que fuera forjado. Patroclo sintió que le abandonaban las fuerzas, cuando, de pronto, sintiose alcanzado por la pica de Euforbo. Héctor, al verle herido, fue a su encuentro y "le envasó la lanza por

la parte inferior del vientre". Las últimas palabras de Patroclo fueron para Héctor, al que predijo una pronta muerte.

Menelao dio muerte inmediata a Euforbo y se dispuso con los aqueos a defender y rescatar el cuerpo de Patroclo. Ante la llegada de Héctor, pidió ayuda a Ajax y se entabló una fiera lucha entre teucros y troyanos por hacerse con el cuerpo de Patroclo. Ajax le pidió a Menelao que enviara un mensaje a Aquiles avisándole de la muerte de Patroclo, mientras el resto de los combatientes era alentado a defender el cuerpo del muerto. Menelao, a su vez, encargó a Antíloco que transmitiera el mensaje y se puso a defender el cuerpo de Patroclo que, entre todos, iban retirando perseguidos de cerca por los teucros.

Cuando Aquiles escuchó el nefasto mensaje "Dio un horrendo gemido que oyó hasta su madre, la diosa Tetis, desde el fondo del mar". Tetis se trasladó veloz, con toda su corte de nereidas, junto a su hijo que, al verla, proclamó sus deseos de venganza; ella le respondió..."Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices; pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca". A lo que él contestó..."Sufiré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el fornido Hércules pudo librarse de ella". Tetis le dijo..."Pero tu magnífica armadura, regalo de los dioses a tu padre Peleo el día que me colocaron en su tálamo, la tiene Héctor que se vanagloria de cubrir con ella sus hombros..." – y añadió – "Tu no entres en combate hasta que mañana, al romper el alba, te traiga una hermosa armadura fabricada por Hefesto (Vulcano)". Dicho esto, la diosa envió sus acompañantes al seno del anchuroso mar y se dirigió al Olimpo para encargar la magnífica armadura.

Mientras, la pelea por el cuerpo de Patroclo continuaba entre teucros y aqueos y todo indicaba que Héctor y los suyos se iban a apoderar del macabro botín. Pero la diosa Iris, enviada por Hera (Juno), se presentó ante Aquiles y le dijo: "Levántate y no yazcas más; avergüéncese tu corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos; pues debiera ser para ti motivo de afrenta que el cadáver sufra algún ultraje". "¿Pero cómo habría de combatir sin mi armadura?" – preguntó Aquiles. A lo que ella contestó: "Basta con que te muestres a los teucros a la orilla del foso que rodea las naves para que, temiéndote, cesen de pelear". Tres veces, el divino Aquiles, gritó a orillas del foso y tres veces se turbaron los teucros; y doce de los más valiosos guerreros murieron atropellados por los carros y heridos por sus propias lanzas. Los aqueos, aprovechando la confusión causada por las tremendas voces de Aquiles, consiguieron poner a Patroclo fuera del alcance de los enemigos y se encaminaron hacia el campamento.

Hera, la de los grandes ojos, obligó al sol infatigable a hundirse, mal de su grado, en la corriente del Océano y, una vez puesto, los divinos aqueos suspendieron la enconada pelea y el general combate. Los troyanos pensaron en regresar al amparo de la amurallada Ilión por temor a Aquiles si permanecían en campo descubierto, pero Héctor se opuso y expresó su deseo de enfrentarse al mirmidón: "Me propongo no huir de él sino enfrentarlo en batalla horrrisona; y alcanzará una gran victoria o seré yo quien la consiga. Que Ares (Marte) es a todos común y suele causar la muerte del que matar desea".

En el campamento griego, Aquiles lloraba y velaba el cadáver de su amigo: "Esta tierra me contendrá en su seno, ya que he de morir, ¡oh Patroclo!, después que tú. No te haré honras fúnebres hasta que traiga tus armas y la cabeza de Héctor. Degollaré ante la pira funeraria, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres troyanos, y en tanto permanezcas tendido junto a las corvas naves, te rodearán, llorando noche y día, las troyanas y dardanias de profundo seno que conquistamos con nuestro valor y la ingente lanza, al entrar a saco en las opulentas ciudades de hombres de voz articulada".

La furia de Aquiles

Cuando la aurora, de azafranado velo, se levantaba de la corriente del océano para llevar la luz a los dioses y los hombres, Tetis llegó a las naves con la fulgente armadura que Hefesto le había forjado. Halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver de Patroclo, llorando ruidosamente, rodeado de muchos amigos que derramaban lágrimas. Tetis, la de la casta de Zeus, divina entre los dioses, cogió la mano de Aquiles y le habló

de este modo: "Hijo mío, a pesar de nuestra aflicción, dejemos yacer a Patroclo, ya que sucumbió por designio de los dioses, y tú recibe esta ilustre armadura, tan bella como jamás varón alguno haya llevado sobre sus hombros". Aquiles sintió como renacía su cólera, ante la vista de la armadura, a la vez que se gozaba del espléndido presente de Hefesto. Expresó a su madre su preocupación por la descomposición del cuerpo del amigo, invadido por un enjambre de moscas. Tetis vertió unas gotas de ambrosía, el nectar de los dioses, para que el cuerpo se conservara fresco. Después pidió a su hijo que se armara para el combate contra los troyanos. Aquiles vistió la brillante armadura, cogió la grande lanza, que solo él podía manejar, y se dirigió hacia donde estaban los demás héroes aqueos, en la orilla del mar junto al recinto de las naves, y les convocó dando pavorosos alaridos. Todos acudieron, encabezados por Diomedes y Ulises que cojeaba a causa de sus heridas, y le rodearon. También llegó el rey Agamenón que, con la apropiación de la esclava Briseida, había provocado el enojo de Aquiles y su renuncia a participar en el combate contra los troyanos. Aquiles le recriminó su conducta, pero expresó su deseo de volver a combatir si obtenía satisfacción del rey. Agamenón le contestó disculpándose por su comportamiento, atribuyó a los dioses su pérdida de juicio al provocar aquel incidente y le prometió entregarle a la esclava y numerosos presentes como muestra de su arrepentimiento. Aquiles aceptó las disculpas y expresó su firme voluntad de entrar inmediatamente en combate: "Para que todos vean a Aquiles entre los primeros combatientes, aniquilando con su lanza las falanges de los teucros".

El ingenioso Ulises, hijo de Laertes, pidió que se celebrara un gran desayuno para tomar fuerzas para la lucha y añadió: "Que Agamenón entregue los presentes a Aquiles y que jure que nunca subió al lecho de Briseida, ni yació con ella, como es costumbre entre hombres y mujeres. Y tú, Aquiles, procura tener en el pecho un ánimo benigno". Agamenón estuvo de acuerdo y añadió: "Estoy presto a ese juramento y no invocaré el nombre de la deidad con perjurio". A continuación, ordenó que se trajeran los presentes para Aquiles y que se inmolaran animales y un jabalí en honor de Zeus y del sol, siempre invocado en los juramentos por ser el que todo lo veía sobre la tierra. Aquiles pidió que se demoraran estas ceremonias para después del combate, pero Ulises insistió en su propuesta y Aquiles acabó por consentir, al ver que aquello era lo que sus compañeros y las tropas deseaban.

Se entregaron los presentes, entre los que figuraban siete doncellas expertas en intachables labores, doce caballos, diez talentos de oro (unos trescientos kilos) y la joven Briseida. Después Agamenón hizo el juramento: "Sean testigos Zeus, la Tierra y el Sol y las Furias (Irás o Eriníes) que bajo tierra castigan a los muertos que fueron perjuros que jamás he puesto mano sobre Briseida". A continuación degolló el jabalí con el despiadado bronce y dijo: "Zeus padre, ¡Cómo llegas a confundir a los hombres!. Jamás, Aquiles, habría sido capaz de arrebatarme a Briseida contra mi voluntad. Pero, sin duda, querías la muerte de muchos aqueos. Ahora – dijo, dirigiéndose a los hombres – id a comer y luego trataremos feroz lucha contra los teucros".

La asamblea se disolvió y cada uno marchó a su nave. Los mirmidones de Aquiles se hicieron cargo de los regalos, portándolos al campamento. Briseida, semejante a la áurea Afrodita, se dirigió llorosa hacia el tálamo donde yacía Patroclo y entre sollozos exclamó: "¡Oh Patroclo, amigo carísimo de esta desventurada!, vivo te dejé al partir de la tienda, y te encuentro difunto al volver. ¡Cómo me persigue la desgracia!. Muerto mi esposo por Aquiles y tomada de la ciudad de Mines (Lirneso), tu no me dejabas llorar diciendo que lograrías que fuera la mujer legítima del divino Aquiles y que entre los mirmidones, en su reino, celebraríamos el banquete nupcial. Ahora que has muerto, no me cansaré de llorar por ti que siempre fuiste dulce conmigo".

Aquiles continuaba llorando a su amigo y sin probar bocado. Zeus se apiado de él y envió a Atenea, su protectora, para que le alimentara con néctar y ambrosía, para evitar que desfalleciera durante el combate. Atenea, semejante a un halcón de desplegadas alas, descendió del cielo, a través del éter y las nubes, y alimentó a su protegido, sin que él lo advirtiera, para evitar que flaquearan sus rodillas. Después, regresó al palacio del prepotente padre. Mientras, la riada de soldados se alejaba de las naves y el brillo de sus cascos asemejaba los copos de nieve que envía Zeus, en alado vuelo, bajo el impulso del frío Bóreas, nacido del éter. Así de grande era el número de hombres que abandonaban las naves dispuestos al combate, y refulgente el brillo de sus yelmos, armaduras, escudos y lanzas. El fulgor llegó al cielo y la tierra se mostraba risueña por los rayos que despedía el bronce. El gran ruido que surgía de los pies de los guerreros se alzaba hasta el cielo.

Aquiles, lleno de furia, portaba la armadura forjada por Hefesto. Púsose en las piernas las grebas ajustada con hebillas de plata; protegió su pecho con la coraza, colgó del hombro la espada de bronce guarnecida con argénteos clavos, y se embrazó el grande y fuerte escudo, cuyo resplandor semejaba de lejos el resplandor de la Luna. Cubrió la cabeza con el fornido yelmo que brillaba como un astro y sobre él ondeaban las áureas y espesas crines de caballo que Hefesto colocara en la cimera. Sacó de su estuche la poderosa lanza que solo él podía manejar y alzándola y rugiendo como un león la agitó amenazante en el aire sobre su cabeza. En tanto, los aurigas se aprestaban a uncir los caballos a los carros, sujetándolos con hermosas correas de cuero brillante; empujaron los frenos entre las mandíbulas y tendieron las riendas hacia atrás, atándolas a la fuerte caja de los carros. El auriga Automedonte saltó al carro con el magnífico látigo y Aquiles, cuya armadura refulgía como el mismo Sol, subió tras él y con horribles gritos jaleó a los corceles: ¡Janto y Balio, ilustres hijos de Podarga! Cuidad de traer salvo al campamento de los danaos al que hoy os guía; y no le dejéis muerto en la liza como a Patroclo". Janto, al que Hera dotó de voz, bajó la cabeza, sus ondeantes crines se desplazaron hasta el suelo, pasando sobre la extremidad del yugo, y respondió: "Aquiles, hoy te salvaremos, pero está cerca el día de tu muerte. Nosotros correríamos como soplo del Céfiro, que es tenido como el viento más rápido. Pero tú, como Patroclo, estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un mortal". Dichas estas palabras, las furias les cortaron la voz y Aquiles, indignado, le contestó así: "Janto, ¿Porqué vaticinas mi muerte? Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre; mas, con todo eso, no he de descansar hasta que harte de combate a los teucros". Esto dijo; y dando voces, dirigió los solípedos caballos hacia las primeras filas del ejército.

El combate (canto XX y siguientes)

Zeus ordenó a Temis que convocara una asamblea de los dioses. Todos acudieron y se acomodaron expectantes en rededor del dios. Zeus les indicó que la intervención de Aquiles podía suponer el fin de los troyanos: "Pues si Aquiles, el de los pies ligeros, combatiese solo contra los teucros, estos no resistirían ni un instante su acometida". Después les pidió que se dividieran en dos bandos y que intervinieran en el combate para equilibrar las fuerzas. En auxilio de los aqueos se encaminaron: Hera (Juno), Palas Atenea (Minerva), Poseidón (Neptuno), Hermes (Mercurio) y Hefesto (Vulcano), y hacia las tropas troyanas acudieron: Ares (Marte), Febo Apolo (Apolo), Artemisa (Diana), Leto (Latona), Janto (un dios menor del río del mismo nombre, cercano a Ilión) y Afrodita (Venus). (Conviene recordaros que Hera era la madre de Eneas y Afrodita la vencedora del juicio de París, en que éste la había elegido como la más bella entre las diosas).

Mas así que los olimpios penetraron entre los guerreros, levantose la terrible discordia que enardece a los varones y les hace venir a las manos, estableciendo la feroz contienda. Zeus, desde lo alto del Monte Ida, observatorio de los dioses durante la batalla (el Monte Ida se encuentra a unos 70 kilómetros de Troya), tronó horriblemente, y Poseidón sacudió desde las profundidades la inmensa tierra. Asustose Aidoneo (Plutón), rey de los infiernos, y saltó de su trono temiendo que la tierra se abriese y se hicieran visibles las horrendas y tenebrosas mansiones de los muertos, visión que hasta las deidades aborrecían.

Ares alentaba a Héctor y Apolo a Eneas a enfrentarse con Aquiles, para frustrar el deseo de éste de enfrentarse a Héctor, pero Eneas le dijo al dios: "...Ningún hombre puede combatir con Aquiles, pues a su lado siempre acude alguna deidad que le libra de la muerte. Si un dios me apoyara para igualar las condiciones del combate, Aquiles no me vencería". Apolo insistió: "¡Héroe! Ruega tu también a los dioses auxilio, pues dicen que naciste de Afrodita, hija de Zeus, y el pelida es hijo de una diosa inferior, pues la primera desciende de Zeus y Tetis fue hija del anciano del mar. Levanta el indomable bronce y marcha al encuentro de Aquiles. Así lo hizo Eneas. Cuando Aquiles lo tuvo frente a frente le dijo que para que tratara de enfrentarse con él si sabía que podía vencerle como ya lo hizo tiempo atrás: "Te aconsejo que vuelvas con tu ejército, antes de padecer daño alguno; que el necio solo conoce el mal cuando ha llegado". Pero Eneas, orgulloso de su linaje, respondió desafiante y arrojó su lanza contra Aquiles que con gran estruendo se clavó en el imponente escudo, recubierto de láminas de bronce oro y plata, del hijo de Peleo que, a su vez, lanzó la suya traspasando el escudo de Eneas y, pasando sobre su hombro, se incó en el suelo. Aquiles desnudó la espada y se abalanzó sobre Eneas. Poseidón, viendo que Eneas quedaba a merced de su atacante, fue en su auxilio. Extendió una

nube y elevó a Eneas por encima de los combatientes, llevándolo al otro extremo del campo de batalla sin que Aquiles lo advirtiera, y le dijo: "Retírate cuantas veces le encuentres, no sea que te haga descender a la morada del Hades (el reino de los muertos). Pero cuando Aquiles muera, según está escrito, no temas luchar entre las primeras filas, pues ningún aqueo te podrá matar (¿Qué hubiera sido de la Eneida de Virgilio sin Eneas?). Cuando la niebla se retiró de los ojos de Aquiles, éste comprendió que algún dios había favorecido a Eneas, haciéndole desaparecer.

Aquiles, saltando entre las filas, arengó a los aqueos incitándoles al combate cuerpo a cuerpo. Héctor, desde su posición, hacía lo mismo con los teucros y buscaba el encuentro con Aquiles. Pero Apolo logró disuadirle de un enfrentamiento directo. Mientras, muchos valerosos teucros caían bajo el ímpetu de Aquiles que se batía en feroz combate contra todos los que se ponían a su alcance. Una de sus numerosas víctimas, Polidoro, hermano de Héctor, fue atravesado de parte a parte por la lanza del pelida y, encorvado, con las entrañas en la mano, fue visto por Héctor que, furioso, fue al encuentro de Aquiles arrojándole su lanza. Atenea, con un leve soplo, desvió la trayectoria e hizo que el arma retornara a los pies de Héctor. Aquiles arremetió contra él dando horribles gritos, pero Apolo cubrió a Héctor con una densa niebla, ocultándole, como hiciera Poseidón con Eneas, de la vista de Aquiles que, rabioso, exclamó, tratando de acertar a ciegas con la carne de Héctor que se le ocultaba: "De nuevo te has librado de la muerte. Yo acabaré contigo, más tarde, si algún dios me ayuda, como contigo han hecho" y siguió esparciendo, con saña, la muerte por todos lados. El ímpetu de Aquiles se extendía a todos sus guerreros y lograron que los teucros buscaran refugio en la amurallada Ilión, donde Príamo veía aproximarse el desastre.

Los griegos habrían asaltado Troya de no ser porque Apolo incitó a Agenor a interponerse y lanzar su lanza sobre Aquiles, el invencible. La pica rebotó en la formidable armadura que Hefesto forjara. Viendo Apolo que el pelida corría veloz hacia Agenor, le retiró de la batalla, tomando su forma. Inició una carrera, distanciándose del recinto amurallado de la ciudad, mientras Aquiles y los suyos le perseguían. Esta maniobra de distracción, permitió que los teucros lograran refugio en la ciudad, que "como cervatos se recostaron en los hermosos baluartes, refrigeraron el sudor y bebieron para apagar la sed". El hado funesto solo detuvo a Héctor para que permaneciera fuera de los muros de Ilión, junto a las puertas esceas. Apolo, harto de la carrera de distracción de Aquiles y los suyos, se encaró con él y le reveló el engaño. Aquiles, enfurecido con el dios, exclamó: "¡Oh flechador, el más funesto de los dioses!. Me engañaste, alejándome de la muralla, cuando todavía habrían mordido la tierra muchos teucros, antes de llegar a Ilión. Me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado con facilidad a los teucros, ya que no temes mi venganza. Y, ciertamente, me vengaría de ti si mis fuerzas lo permitieran". Dicho esto, sin esperar contestación del dios, regresó corriendo a las murallas de la ciudad; como el corcel vencedor en la carrera de carros, trotaba el veloz Aquiles, tan ligeramente movía los pies y rodillas.

Príamo fue el primero, desde su torre, en verle venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en otoño se distingue entre otras muchas estrellas, por sus vivos rayos, durante la noche oscura y recibe el nombre del perro de Orión (Cannis Minor), el cual, con ser brillantísimo, constituye una señal funesta, porque trae excesivo calor a los míseros mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe, mientras corría. Príamo, viendo que su hijo amado permanecía inmóvil junto a las puertas, le pidió a gritos que no continuara, allí, solo y le urgió a que entrara en la ciudad. Príamo ya echaba en falta, entre los muros de la ciudad a sus otros dos hijos, Polidoro y Licaón, que habían sido muertos por Aquiles, y le dijo a Héctor: "Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y las troyanas; no quieras proporcionar inmensa gloria al pelida y perder tú mismo la existencia. ¡Compadécete de mí! De este infeliz y desgraciado que aún conserva la razón, después de contemplar tantas desventuras: muertos mis hijos, esclavizadas mis hijas, destruidos los tálamos, arrojados los niños por el suelo en el terrible combate y las nueras arrastradas por las fuertes manos de los Aqueos..."

Príamo y Hécuba siguieron con sus ruegos a Héctor para que entrara en la ciudad, pero Héctor se consideraba responsable del desastre sobrevenido sobre su ejército por haberse empeñado en mantenerlo fuera del recinto de la ciudad, plantando cara a los aqueos en campo abierto. Por unos instantes, pensó en dejar las armas contra

las murallas y tratar de negociar con Aquiles una rendición honrosa de Ilión, devolviendo a Helena y los tesoros que Alejandro (Paris) trajera con ella a Troya. Además, le propondría entregar la mitad de los tesoros de la ciudad contenía, pero se dijo: "No, no iré a suplicarle; que sin tenerme consideración ni respeto, me matará inerme, como a una mujer, tan pronto como deje las armas. Imposible es conversar con él desde lo alto de una encina o de una roca, como un mancebo con una doncella: sí, como un mancebo y una doncella suelen conversar. Mejor será comenzar el combate, para que veamos a quién concede Zeus la victoria. Cuando vio que Aquiles se le acercaba, cual si de Ares se tratara, con su armadura y su escudo brillando como el resplandor del fuego del sol naciente, se echó a temblar y huyó espantado.

Como el gavián se lanza en vuelo tras la tímida paloma, así Aquiles volaba enardecido tras de él. En la loca carrera llegaron a dos cristalinos manantiales, que son las fuentes del río Janto voraginoso. El primero tiene agua caliente y lo cubre el vapor como si allí hubiera un fuego abrasador; el agua que brota del segundo es, en verano, como el granizo, la fría nieve o el hielo. Cerca hay unos lavaderos de piedra, grandes y hermosos, donde las esposas y las bellas hijas de los troyanos solían lavar sus magníficos vestidos en tiempo de paz. Por allí pasaron los dos contendientes, en veloz carrera, y así llegaron a dar tres vueltas a la ciudad de Príamo. Los dioses les contemplaban y Zeus dijo: "Mi corazón se compadece del caro Héctor, que tantos muslos de buey ha quemado, en mi obsequio, en las cumbres del Monte Ida. ¡Deliberad, oh dioses!, y decidid si le salvaremos de la muerte horripante o dejaremos que muera a manos de Aquiles". Respondióle Atenea: "¿De nuevo quieres salvar de la muerte a Héctor a quien el hado a condenado a morir? Hazlo, pero no todos los dioses lo aprobaremos". Zeus le contestó, abrumado por la vehemencia de su hija: "Tranquilízate, hija querida, pues quiero ser complaciente contigo. Obra conforme a tus deseos y no desistas en tu empeño de ver muerto a Héctor". La diosa descendió en raudo vuelo sobre la llanura. Mientras tanto, Aquiles acortaba distancia, sin cesar de correr tras Héctor, impidiendo una y otra vez que éste se acercara a las puertas de la ciudad. Ni Hector podía escapar de Aquiles, ni éste conseguía dar alcance a Héctor, que había recibido fuerzas de Apolo por última y postrera vez. Aquiles hacía señas a sus guerreros para que no dispararan flechas contra el perseguido, ni trataran de detenerle, pues quería para sí mismo toda la gloria.

Cuando, en la cuarta vuelta, pasaban por los manantiales, Zeus tomó la balanza de oro y puso en cada lado la suerte de cada uno de ellos. La balanza se inclinó bajo el peso del día fatal de Héctor y penetró hasta el Orco. Al instante, Apolo desamparó al troyano y Atenea se acercó a Aquiles: "Párate y respira; persuadiré a Héctor para que luche contigo frente a frente"– le dijo – y fue en busca de Héctor tomando la forma de Deifobo, hermano de Héctor. Llegó hasta él y le pidió que rechazara el ataque del pelida: "¡Mi buen hermano! Nuestro padre, nuestra venerable madre y los amigos me abrazaban las rodillas y me suplicaban que me quedara con ellos; de tal modo tiemblan todos, pero mi ánimo se sentía atormentado por grave pesar y vengo en tu auxilio. Ahora peleemos con brío sin dar reposo a la pica, para ver si Aquiles nos mata y se lleva nuestros sangrientos despojos a sus cóncavas naves o sucumbe vencido por tu lanza". Dicho esto, Atenea se puso a caminar obligando a Héctor a acompañar su paso. Cuando llegaron frente a Aquiles, Héctor le dirigió estas palabras: "No huiré más de ti, como hasta ahora. Mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me des muerte. Si Zeus me concede la victoria y te arranco la vida, cuando te haya despojado de tus armas entregaré el cadáver a los aqueos. Obra tu conmigo de igual manera y entrega mi cuerpo a mi familia. A lo que Aquiles respondió: "No me hables de pactos, ¡¡Maldito!! Igual que no es posible la alianza entre los leones y los hombres, ni el acuerdo entre lobos y corderos, que solo piensan en destrozarse los unos a los otros, tampoco puede haber pactos ni amistad entre nosotros, hasta que uno de los dos caiga y Ares quede saciado de sangre. Revístete de valor, pues es preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no puedes escapar, pues Atenea te hará sucumbir, herido por mi lanza, y pagarás todos los dolores causados a mis amigos, a los que mataste cuando manejabas furiosamente la pica".

Diciendo esto, blandió y arrojó con furia la fornida lanza. Héctor reaccionó con agilidad y evitó el golpe. La lanza se clavó en el suelo. Atenea la recogió y la devolvió a Aquiles sin que Héctor lo advirtiese. "¡Erraste el tiro, deiforme Aquiles!...Ahora, ¡guárdate de mi broncinea lanza!. ¡Ojalá toda ella se escondiera en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los troyanos si tu murieses, porque eres su mayor azote". Así habló Héctor y lanzó la lanza que rebotó en el escudo de Aquiles. Cuando se volvió hacía Deifobo, para pedir otra pica, vio

que éste había desaparecido y comprendió el engaño de los dioses: "¡Oh, ya los dioses me llaman a la muerte! – exclamó – cercana la tengo y no puedo evitarla. Así les habrá placido a Zeus y Apolo que antes me salvaban de los peligros. ¡Cumpliose mi destino!. Pero no quisiera morir cobardemente, sin gloria, sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los tiempos venideros". Dicho esto, desenvainó la espada y se arrojó contra Aquiles, como el águila de alto vuelo se lanza sobre la llanura, atravesando las nubes, para arrebatar un tierno cordero o una trémula liebre. Aquiles embistióle, a su vez, con el corazón rebosante de feroz cólera, mientras, rápido, examinaba la parte más vulnerable del cuerpo de Héctor, protegido, como estaba, por la armadura de Aquiles que arrancara del cuerpo de Patroclo, después de darle cruel muerte. Solo quedaba al descubierto el lugar en que las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta, que es el sitio por donde más pronto escapa el alma. Por allí le envainó la pica y la punta asomó por la nuca, sin dañarle la traquea para que pudiera hablar y responderle.

Héctor cayó sobre el polvo, y Aquiles, jactándose del triunfo, le dijo: "...A tí los perros y las aves te despedazarán ignominiosamente, y a Patroclo le haremos honras fúnebres". Héctor, con tenue voz, respondió: "No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas. Acepta el bronce y el oro que, en abundancia, te darán mis padres, y entrega el cadáver a los míos para que lo lleven a mi casa y los troyanos lo pongan en la pira". Aquiles, mirándole con torva faz, replicó: "No me supliques ¡perro!! Ojalá el furor y el coraje me incitaran a despedazarte, cortar tus carnes y comérmelas crudas. Nadie podrá apartar tu cuerpo de los perros y las aves de rapiña; aunque me quieran pagar tu peso en oro, así no podrá tu madre ponerte en un lecho para llevarte". Ya moribundo, Héctor contestó: "Tienes en el pecho un corazón de hierro. Guárdate de atraer sobre ti la cólera de los dioses, por obrar así conmigo, se acerca el día que Alejandro (Paris) y Apolo te harán desaparecer. Diciendo esto, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Orco. Aquiles dijo: ¡Muere!! Yo acogeré gustoso mi parca y perderé la vida cuando los dioses inmortales dispongan que se cumpla mi destino". Arrancó la lanza del cuello del muerto y le despojó de la ensangrentada armadura. Acudieron, entonces, los demás aqueos y con sus picas hendían el hermoso cuerpo inerme, mientras decían: "¡Oh dioses! Héctor es ahora mucho más blando de tocar que cuando prendió nuestras naves con el voraz fuego".

Aquiles pensó mantener el cerco de la ciudad, pues, los troyanos, muerto su héroe, tal vez estuvieran dispuestos a rendirse, pero recordó que Patroclo debía ser honrado, alcanzada la venganza, y ordenó a sus hombres que regresaran a las naves cantando el himno de la victoria, el peán. Por su parte, para tratar con ignominia el cuerpo de Héctor, traspasó con correas los tobillos del vencido, entre el hueso y los tendones (hoy llamados de Aquiles), y las ató al carro, de modo que la cabeza quedara sobre el suelo para ser arrastrada por el polvo. Luego, recogió la armadura, arrancada del cuerpo de Héctor, y subiendo al carro fustigó los caballos que, gozosos, partieron raudos. La cabeza de Héctor se hundía golpeada en el suelo y su negra cabellera se esparcía por el polvo. Hécuba, su doliente madre, al verlo se arrancaba los cabellos y, apartando su velo, prorrumpió en elevado llanto. Príamo, desde los baluartes de Ilión, gemía lastimeramente y, con él, toda Ilión era presa de lamentos y llantos. La esposa de Héctor, que se hallaba en el interior del palacio, preparando el baño para recibir a su esposo, oyó los gemidos que se extendían por las estancias y, temiendo que su amado fuera el motivo, se precipitó hacia la alta torre. Desde allí, contempló como Aquiles, en su carro, arrastraba el cuerpo del difunto hacia el campamento aqueo. Se le desmayó el alma y cayó de espaldas, apenas sostenida por sus cuñadas. Cuando recobró el aliento, comenzó a arrancarse los vistosos lazos, la diadema, la redecilla, la trenzada cinta y el velo que la dorada Afrodita le había regalado el día de sus esponsales.

Aquiles llegó al lecho de Patroclo, junto a las naves, y, colocando sus homicidas manos sobre el pecho del amigo muerto, exclamó: "¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Orco! Voy a cumplir cuanto te prometiera. He traído arrastrando el cuerpo de Héctor, que entregaré a los perros para que lo despedacen cruelmente; y degollaré, ante tu pira, doce hijos de troyanos ilustres por la cólera que me causó tu muerte". Se celebró a continuación un banquete funeral en el que se sacrificaron numerosos animales. Alrededor del cadáver, corría la sangre en abundancia por todas partes. Finalizado el banquete, todos se retiraron a sus naves y Aquiles no tardó en ser vencido por el sueño y, entonces, vino a encontrarle el alma de Patroclo para pedirle

ser enterrado cuanto antes y de este modo poder descender al Orco. También le recordó su próxima muerte y expresó el deseo de que sus huesos fueran colocados junto a los suyos en el mismo túmulo. Aquiles, tras indicarle que cumpliría sus deseos, fue a darle un abrazo y el alma de Patroclo, cual si fuera humo, se disipó y penetró en la tierra dando chillidos.

Al despertar la aurora, Agamenón envió a por leños para levantar la pira funeraria en la playa. Una vez estuvo dispuesta, Aquiles se cortó los dorados cabellos y los esparció sobre las manos del difunto. Después, pidió que se inmolaran muchos corderos y con la grasa desprendida de los quemados cuerpos, cubrió el cadáver del amigo de los pies a la cabeza; llevó también a la pira un ánfora de miel y otra de aceite y las vertió sobre el cuerpo y el lecho. Arrojó sobre la pira: cuatro corceles, dos de los nueve perros del rey y los cuerpos de los doce hijos de troyanos ilustres degollados a los que había dado muerte con su lanza. Y, a continuación, entregó la pira a la indomable violencia del fuego, diciendo: "¡Alégrate, oh Patroclo! Yo he cumplido cuanto te prometí, pero a Héctor no lo entregaré a la hoguera sino a los perros, para que lo destrocen. Afrodita, hija de Zeus, mantenía el cuerpo del troyano apartado de las vista de los aqueos y procedió a ungirlo con un divino aceite rosado para que Aquiles no lo lacerase al arrastrarlo. Mientras, Apolo cubrió el cielo con una nube, para evitar que el sol secara los miembros y nervios del héroe caído. Así le cuidaban los dioses, compadecidos de la fatal suerte de su antiguo protegido.

Como la pira ardía levemente, Aquiles imploró a los vientos que soplaran con fuerza. Estos, que estaban celebrando un banquete en la morada del impetuoso Céfiro, se levantaron con inmenso brío, esparcieron las nubes, hicieron crecer las olas y, pasando por encima del mar, llegaron a Troya y cayeron sobre la pira, haciendo que el fuego abrasador bramara con furia. Al amanecer, los vientos regresaron a sus moradas y los hombres sofocaron con negro vino las ya agotadas llamas. Procedieron a recoger los huesos de Patroclo, los encerraron en una urna de oro, la sellaron con doble capa de grasa, la cubrieron con un sutil velo y la colocaron sobre un túmulo.

Aquiles organizó, después, una serie de juegos, en los que se abstuvo de participar, prometiendo a los ganadores valiosos premios. Primero, tuvo lugar una carrera de cuádrigas en las que participaron varios héroes aqueos, siendo el troyano Diomedes el que se alzó con la victoria. A continuación se celebraron: un campeonato de lucha, carreras a pie, y lanzamiento de picas. Finalizados los juegos, los guerreros se dispersaron, tomaron la cena y se regalaron con el dulce sueño. Aquiles no podía conciliar el sueño y vagó triste por la playa. Más tarde, unció al carro los ligeros corceles y atando el cadáver de Héctor, lo arrastró, dando varias vueltas alrededor del túmulo de Patroclo. Luego, volvió a la tienda, dejando el cadáver tendido con la cara sobre el polvo. Algunos dioses se compadecían del muerto e instigaban a Apolo a que hurtase el cuerpo de Héctor. Pero Hera y Atenea se oponían. (Ellas fueron las diosas perdedoras en el Juicio de Paris, en el que el troyano declaró que Afrodita era la más bella entre las tres diosas concursantes. Las perdedoras nunca perdonaron a Paris semejante decisión).

Zeus intervino, al fin, y consideró que lo mejor sería que la madre de Aquiles, Tetis, convenciera a su hijo de que debía restituir el cadáver a Príamo, pues Héctor siempre le había ofrecido sacrificios y era su favorito en Ilión. Tetis fue llamada a presencia del dios, se sentó junto a él y escuchó sus palabras: "¡Oh diosa Tetis! Aquí se está proponiendo el rapto del cadáver de Héctor, pero yo prefiero dar a Aquiles la gloria de devolverlo y conservar, así, tu respeto y amistad. Amonéstale y háblale de la irritación que nos está produciendo su actitud. Por mi parte, enviaré a la diosa Iris al magnánimo Príamo, para que vaya a las naves de los aqueos y redima a su hijo, llevando dones a Aquiles para que aplacar su enojo".

Tetis descendió del Olimpo en raudo vuelo y, entrando en la tienda de su hijo, le habló en estos términos: "¡Hijo mío! ¿Hasta cuando dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin acordarte de la comida ni del concubito? Bueno será que goces del amor con una mujer, pues ya no vivirás mucho tiempo: la muerte y el hado cruel se te avecinan. Vengo como mensajera de Zeus: los dioses están irritados contra ti y en especial él mismo. Entrega el cadáver y acepta el rescate que te ofrezca Príamo".

Iris, entre tanto, habló con Príamo sobre el deseo de los dioses y éste lo comunicó a Hecuba que trató de convencerle de que no acudiera al encuentro de Aquiles, pues arriesgaba la vida: "Lloremos en palacio a Héctor, a distancia del cadáver; ya que cuando yo le parí, el hado poderoso hiló de esta suerte el estambre de su vida: que habría de saciar con su carne a los veloces perros, lejos de sus padres y junto al hombre violento cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincando en él los dientes". Príamo le respondió: "Yo mismo he oído a la diosa, la he visto ante mí y creo en sus palabras. Y si mi destino es morir, lo acepto: que me mate Aquiles tan luego como abrace a mi hijo y satisfaga el deseo de llorar sobre él".

El anciano subió al carro, conducido por el prudente Ideo, en el que ya habían colocado numerosos presentes y diez talentos de oro (unos trescientos kilogramos). Muchos eran los troyanos que lloraban, temiendo por su rey, mientras le acompañaban hasta las puertas de la ciudad. Zeus advirtió que el rey avanzaba por la llanura y ordenó a Hermes, el dios mensajero, que acompañara con disimulo al anciano hasta las naves aqueas: "Hermes, ya que tu te complaces en escoltar a los hombres y en escucharles, acompaña a Príamo hasta que esté en presencia de Aquiles, no sea que sufra el ataque de los guerreros de la llanura". Hermes se calzó sus bellas sandalias aladas que le llevan por el mar y la tierra con la rapidez del viento, y tomando la vara con la que adormece a quien quiere y despierta a los que duermen, descendió del Olimpo y llegó junto al carro tomando la forma de un joven príncipe en la flor de la juventud. Su presencia, alarmó a Príamo y a su cochero, pues temieron que se tratara de alguien que pretendiera darles muerte. Hermes les tranquilizó, haciéndose pasar por uno de los hombres de Aquiles que venía a protegerles por el camino al campamento aqueo. Príamo le preguntó por el estado en el que se encontraba el cuerpo de su hijo y el mensajero respondió: "Doce días lleva muerto, y ni el cuerpo se pudre, ni lo comen los gusanos. Si a él te acercas, te admirarás de ver cuán fresco está. De tal modo los dioses cuidan de tu hijo, pues les era muy querido".

Llegados al foso, torres y empalizadas que protegían el campamento y las naves, Hermes adormeció con su vara a los centinelas, atravesaron la barrera y llegaron a la alta cerca que los mirmidones habían construido, para proteger la tienda de su rey, con troncos de abeto y cañas. Hermes regresó, entonces, al Olimpo, pues no resultaba decoroso que un dios inmortal se tomara, públicamente, tanto interés por un mortal. Ante la sorpresa de los reunidos en la tienda con Aquiles, Príamo hizo su repentina aparición, entre ellos, como si de un dios se tratara. Se abrazó a las piernas de Aquiles, llorando, e imploró suplicante: "¡Oh, Aquiles! Apídate de mí que he perdido a casi todos mis cincuenta hijos, incluido aquel que era único para mí, Héctor. Respeta a los dioses y recuerda el amor que te tiene tu padre, que espera ansioso volver a estrecharte junto a su pecho, en la lejana Argos. Yo soy más digno de compasión que él, puesto que me he atrevido a lo que ningún otro mortal en la tierra: a llevar a mis labios la mano del hombre matador de mis hijos". Aquiles rompió a llorar por el recuerdo de su padre y de Patroclo y cogió la mano de Príamo mientras le alzaba con suavidad. Ambos lloraban y los gemidos resonaban en la tienda.

Cuando Aquiles hubo saciado sus deseos de llanto, miró compasivo al encanecido anciano e invitándole a tomar asiento, le dijo: "¡Desdichado, cuantas desgracias ha soportado tu corazón! Aunque los dos estemos afligidos, dejemos reposar en el alma el dolor, el gélido llanto para nada aprovecha, pues lo que los dioses han hilado para los míseros mortales es vivir entre congojos, mientras ellos están exentos de cuitas. En los umbrales del Olimpo hay dos toneles con dones que el dios reparte: en uno, están los pesares y en el otro las alegrías. Aquel a quién Zeus los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la ventura, pero el que solo recibe pesares, vive con afrenta y va de un lado a otro sin ser honrado, ni por los dioses, ni por los hombres. Así, los dioses otorgaron a mi padre, Peleo, grandes mercedes desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reina sobre los mirmidones y, siendo mortal, tuvo por esposa a una diosa. Pero también le impusieron un mal: que no tuviera hijos que reinaran en palacio tras su muerte. Tan solo uno engendró, cuya vida ha de ser breve. Además, no le puedo dar el consuelo de cuidar su vejez, al estar tan lejos de mi reino. Piensa que tu también reinaste rico y dichoso sobre Lesbos y desde la Frigia hasta el Helesponto inmenso. Pero los dioses te trajeron la plaga de la guerra. Súfrela resignado y no consientas que se apodere de tu corazón el pesar continuo, pues quizás tus desgracias no hayan concluido".

Príamo, con la arrogancia de un dios, le respondió: "No me hagas sentar en esa silla mientras Héctor yace

insepulto. Entrégamelo y recibe los cuantiosos regalos que te traemos. Ojalá puedas disfrutarlos y regresar a tu patria, ya que me has dejado vivir y ver la luz del sol". Aquiles se incomodó ante la premura del anciano y contestó: "Abstente de exacerbar los dolores de mi corazón; no sea que deje de respetarte a pesar de tus súplicas y viole las órdenes de Zeus". Dicho esto, salió de la tienda seguido de Automedonte y Alcinoos, los compañeros que más apreciaba después de Patroclo. Dio instrucciones para que retiraran los regalos del carro y para que lavaran y ungieran el cuerpo de Héctor antes de que lo viera Príamo, no fuera que se encolerizase por su estado, irritase el corazón de Aquiles y éste le diera muerte quebrando las órdenes de los dios.

Lavado y ungido el cadáver, se le cubrió con uno de los ricos mantos hallados entre los obsequios del rescate, y el mismo Aquiles lo depositó sobre un lecho preparado en el carro de Príamo. El héroe gimió y se dirigió al túmulo de Patroclo: "¡Oh Patroclo! No te ensañes conmigo si en el Orco te enteras de que he devuelto el cuerpo de Héctor a su padre; este ha sido el deseo de los dioses y han entregado un rescate digno que consagraré en tu recuerdo, en la parte que te es debida.". Al llegar la noche, volvió a la tienda e invitó a cenar a Príamo que, temeroso de la amenaza de Aquiles, había permanecido allí.

Cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y beber, Príamo pidió autorización para retirarse y descansar. Aquiles le preguntó: "Antes de retirarte, dime con sinceridad cuanto tiempo necesitarás para celebrar las honras fúnebres de tu hijo; durante ese tiempo permaneceré quieto y contendré al ejército". Príamo le contestó: "Ya sabes que vivimos encerrados en la ciudad y que tendremos que traer la leña del Monte Ida, tarea en la que se necesitarán nueve días. Durante ese tiempo, lloraremos en palacio a Héctor, el décimo día le sepultaremos y el pueblo celebrará el banquete fúnebre; el undécimo día, erigiremos el túmulo sobre el cadáver y, el duodécimo, estaremos dispuestos al combate, si fuese necesario". Dicho esto, todos se fueron a dormir y Aquiles se dirigió a la tienda de Briseida, la de hermosas mejillas.

Mientras todos descansaban, Hermes planeaba como sacar el carro del campamento sin que lo advirtieran los guardianes y pudieran alertar a Agamenón que, al no estar enterado de la decisión de Aquiles, podía retrasar la partida e incluso retener a Príamo, como rehén, para pedir rescate a los troyanos. Así que despertó al exhausto rey, unció los caballos al carro y los guió por el campamento. Adormeció a los guardianes con la mágica vara y franquearon las empalizadas y el foso.

La aurora de azafrañado velo se esparcía por toda la tierra, cuando llegaron a las murallas de Ilión. Casandra, semejante a la dorada Afrodita, fue la que primero los divisó y, prorrumpiendo en sollozos, vagó clamando por toda la ciudad. Toda la población se aprestó a recibir la fúnebre expedición con muestras de inmenso dolor. Hécuba y Andrómaca, la viuda de Héctor, se echaron sobre el carro de hermosas ruedas y tomando la cabeza del muerto, se arrancaban los cabellos mientras la turba las rodeaba gimiendo. Y hubrían estado a las puertas de la ciudad todo el día, si el anciano rey, poniéndose en pie sobre el carro, no les hubiese pedido que se apartaran y le dejaran continuar hasta el palacio. Una vez allí, Andrómaca comenzó el funeral lamento:

"¡Esposo mío! Saliste de la vida en plena juventud, y me dejas viuda. ¿Qué será de nosotros?. Tu hijo, es todavía infante y no creo que llegue a la juventud; antes será la ciudad destruida desde su cumbre. Pronto nos llevarán en las naves aqueas y nos ocuparán en viles oficios, propios de cautivos. Algún aqueo, en venganza por los suyos que tu mataste en combate, arrojará a tu hijo desde lo alto de alguna torre, ¡muerte horrenda!. ¡Oh Héctor! Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables advertencias, que habría recordado, de noche y de día, con lágrimas en los ojos". Esto fue lo que dijo llorando, y las mujeres gimieron.

Después, Hécuba se dirigió al lecho y habló al hijo muerto: "¡Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No puede dudarse de que en vida fueras querido por los dioses pues ahora yaces en palacio tan fresco como si acabases de morir, a pesar del cruel trato que recibió tu cuerpo de manos del maligno Aquiles tras darte horrible muerte, no contento con haber vendido, al otro lado del mar estéril, muchos de mis otros hijos que, antes, logró capturar.

A continuación, Helena (la causante de la gran tragedia que estamos relatando por su fuga con Paris), fue la tercera en dar principio al tercer lamento: "¡Héctor! el cuñado más querido de mi corazón. En los veinte años transcurridos desde que me trajo Alejandro (Paris) y abandone mi patria y a mi esposo Menelao, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera; si alguien me increpaba entre los cuñados o sus esposas, tu contenías su enojo con tu afabilidad y suaves palabras. Con el corazón afligido, lloro a la vez por ti y por mí, desgraciado. Que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan". Cuando concluyó, el anciano Príamo se dirigió al pueblo: "Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos; pues Aquiles me prometió no atacar hasta que llegue la duodécima aurora".

Por espacio de nueve días, los teucros acarrearon leña, desde el Monte Ida hasta Ilión, y cuando, por décima vez, apuntó la aurora que, cada día, trae la luz a los mortales, sacaron el cadáver del audaz Héctor, lo colocaron sobre la pira, prendieron fuego y el cuerpo fue abrasado por las voraces llamas. Más tarde, con lágrimas corriéndoles por las mejillas, los hermanos y amigos sofocaron los rescoldos con negro vino. Recogieron los blancos huesos calcinados y los colocaron en una urna de oro que envolvieron con un leve velo de púrpura; depositaron la urna en un hoyo que cubrieron con grandes piedras y, sobre él, erigieron el túmulo. Después volvieron al palacio de Príamo y celebraron el espléndido banquete fúnebre. Así concluyeron las honras fúnebres de Héctor, domador de caballos.

FIN de la Iliada

Epílogo

Así finaliza el último canto de la Iliada, el poema épico más antiguo de la literatura europea.

En la "Etiopide" de Aretino de Mileto (700 a.C.), conocida por un resumen posterior, se describe el final de la Guerra de Troya con el incendio de la ciudad y la muerte de Aquiles. Muerte anunciada una y otra vez en la Iliada. Poseidón y Apolo, indignados por el trato que el héroe dio a Héctor después de matarlo, ayudaron a Paris a que acertara en disparar una flecha contra el vulnerable tobillo de Aquiles. La flecha atravesó el tendón y Aquiles ¿murió?. Tras lo cual se desencadenó un encarnizado combate alrededor del cadáver, hasta que una tormenta, enviada por Zeus, permitió recatarlo. Aquiles fue llorado durante dieciséis días por las nereidas y por las nueve musas, mientras entonaban cantos fúnebres. El día decimotercero, quemaron el cuerpo en la pira y sus cenizas fueron mezcladas con las de Patroclo y enterradas en el cabo Sigeo, que domina el Helesponto. En el cercano poblado de Aquileón construyeron un templo, en donde se erigió una estatua que le representaba llevando un pendiente de mujer. Fue el héroe preferido de los griegos y considerado como un semidiós, al que se rendía culto en toda Grecia en las fiestas Aquileas de primavera, y sus azañas fueron recogidas por muchos escritores. En la Odisea Ulises visita a Aquiles en los infiernos. En el habla común, Aquiles es sinónimo de hombre invulnerable, valiente e intrépido y su imagen ha sido reproducida por incontables artistas de la antigüedad y modernos. Entre los que se cuentan pintores como Delacroix, Regnault, Rubens, Ingres, Gerard etc., y numerosos dramaturgos. En 1687 se escenificó *Achilles y Polixene* en los teatros y, en 1735, *Achilles y Deidamia*, en la ópera. Deidamia fue uno de sus primeros amores y de ellos nació su hijo Neoptólemo.

En el plano social, algunos autores consideran la muerte de Aquiles como un símbolo del fin de una época, la del ocaso de los dioses míticos. En el plano psicológico, el pie es un símbolo, según Jung, se halla en contacto con la realidad, el suelo la tierra. Pero también es a menudo, un símbolo fálico. Comporta un punto vulnerable tocado por la vida maternal, en virtud de la cual se debilita la fortaleza del hombre. El disfraz femenino del héroe quizás representa la necesidad de desarrollar la parcela femenina presente en la personalidad de cada hombre viril, o tal vez signifique la ambivalencia sexual de Aquiles, mostrada en su apasionada inclinación hacia Patroclo.

Pero oigamos, después de tan doctas sentencias, lo que opina nuestro héroe, hoy convertido en activo colaborador de nuestra web:

–"Todo aquello fue idealizado por los bardos de la época. Ciertamente que los griegos tuvimos que destruir Ilión en una época difícil para nuestros reinos. Amenazados por los bárbaros del norte, tuvimos que unir las fuerzas de nuestros reinos, siempre en conflicto interno, contra ellos y, así, frenar sus deseos de extenderse por toda Grecia. En aquel tiempo, muchos nos hicimos a la mar para evitar el bloqueo comercial al que, desde hacía décadas nos estaban sometiendo los teucros por su férreo control de la navegación hacia el Mar Negro y hacia otras colonias asiáticas que con el tiempo fundamos en las costas orientales del Egeo. El rapto de Helena fue la excusa para declararles la guerra, pero ella se había fugado, hacía tiempo, por propia voluntad con el bello Paris, hijo de Príamo e íntimo amigo de Menelao, su legítimo y también infiel esposo. No fue su primera infidelidad, era una hermosa hembra que sabía contentar a sus antiguos y numerosos pretendientes. Helena era una belleza sin par en Grecia deseada por todos nosotros. Su boda con Menelao fue por sorteo y todos sus pretendientes nos conjuramos en defender aquel matrimonio contra los que pretendieran romperlo. Aquel pacto implicaba, como no, poder disfrutar de sus favores por riguroso turno. De todas formas, conviene indicar que las mujeres griegas, en aquella época, ofrecían poca resistencia a la aventura con el hombre que las requería. Esa pasividad las hacía fácilmente abordables durante las frecuentes ausencias de sus esposos legítimos.

Mi problema en Troya no fue Briseida, una bella criatura incluida en el botín de guerra tras la toma de la ciudad de Lirneso, durante la que di muerte a su esposo, sino una antigua lesión de los tendones del tobillo, hoy llamados de Aquiles en mi honor, consecuencia de mi desmedida afición a las carreras de velocidad a pie. El dolor me obligó durante días a mantener reposo, cuando mejoré me incorporé a la lucha evitando correr en exceso.

La persecución de Héctor alrededor de Ilión, que narra Homero, no fue a pie sino en carro de combate. Aun así, los tendones se resintieron de nuevo, y esa fue la tragedia real que me condujo a caer, finalmente, bajo la desesperada persecución de Paris y los suyos que, primero, abatieron a mis corceles y después me dieron alcance cuando, penosamente, casi paralizados mis pesados pies, trataba de alcanzar las filas de los míos. Aislado de mis hombres, se ensañaron cruelmente conmigo y aquel fue el final que se cantó durante siglos, si Apolo o Poseidón intervinieron en aquello o no lo hicieron, no puedo decirlo, solo sé que yo no vi ningún dios hostil por allí.

Pero mi muerte no se produjo. Atenea, reemplazó mi cuerpo, bajo la soberbia armadura, por el de uno de los muchos héroes caídos en combate, y ese fue el cuerpo que los perros y las carroñeras despedazaron, pues nunca se incineraban ni se enterraban los cadáveres en aquellos tiempos, ya que el fuego y la tierra eran parte de nuestros dioses y no debían ser contaminados. Lo de la unión de mis supuestas cenizas a las de Patroclo, fue poético, pero pura invención de alguno de los numerosos copistas de los textos originales. Yo fui trasladado al Olimpo y, allí, mi madre, la diosa Tetis, y sus nereidas y ninfas restañaron mis heridas y cuidaron con afán mis doloridos tendones. Poco después Zeus, un gran diplomático, donde los haya, me declaró inmortal, pero me impidió volver a tener apariencia humana, no hubiera estado bien visto por los bárbaros que el principal responsable de la destrucción de Troya quedara sin castigo aparente. Esto es algo común en los olímpicos de todos los poderosos, es necesario simular el castigo de los transgresores de las costumbres del gran público, pero sin exageraciones, pues en todas las sociedades las élites tienen sus propias normas de protección de sus emblemáticos caídos en desgracia, así hayan cometido los más horrendos crímenes, pues nadie, entre los "amos del universo", está seguro de no verse implicado algún día en situaciones similares.

Por otra parte, mi relación con Patroclo fue mucho más allá que la fuerte y simple amistad que me unía a otros de mis compañeros o que sigue uniéndome a alguno de ellos, como ocurre con Diomedes, mi actual socio cibernético. Por Patroclo, mi amado primo, siempre sentí una especial atracción; desde nuestra prematura pubertad mantuvimos relaciones muy íntimas que compatibilizamos con nuestra intensa devoción por la mujer y sus suaves cuerpos, llenos de ondulantes y jugosos rincones negados a la constitución masculina. Era cosa frecuente en mi época y durante los siglos posteriores, en las civilizaciones grecorromanas, asiáticas o árabes, mantener relación homosexual pública con atractivos varones sin que ello fuera causa de escándalo, nadie

tenía que recurrir a ese ridículo salir de los armarios, como ocurre en los tiempos actuales, era una cosa natural y frecuente que realzaba la condición varonil, añadiéndole una atractiva ambigüedad, ambigüedad muy apreciada por las mujeres. Fueron los tiempos posteriores los que satanizaron la unión homosexual, como satanizaron la promiscuidad heterosexual, y las relaciones con púberes, admitido en otros tiempos, del que la sociedad actual pretende, con hipocresía, aborrecer, cuando jamás fue tan infame su utilización como lo es ahora.

Pero yo nunca fui "una maricon" y aquella estatua, con ropajes propios de las mujeres y un pendiente en la oreja, fue la típica licencia de uno de los escultores que más se alejó de reflejar mi imagen real, un cabronazo. Yo era una auténtica bestia desde niño, fortalecido por el constante ejercicio físico y mental y la dieta en base a carnes crudas de jabalíes y leones. Dieta que tuvo la contrapartida de debilitar mis tendones en los últimos años de mi vida, hoy sabemos más de los efectos del ácido úrico, de la artritis y la artrosis que durante los milenios que nos precedieron. Muchos grandes hombres, reyes y emperadores pagaron con una corta vida su afición a las carnes de primer nivel energético. Uno de ellos, Carlos V, el emperador alemán que reinó en España, personaje de esta web, es un claro ejemplo. Todos ellos fueron poderosos y sus azañas llenaron sus cortas pero gloriosas vidas. Con todo esto no pretendo sugerir que la sociedad moderna sea peor o mejor que las del pasado, sino algo diferente; aunque dudo que la uniformidad impuesta por las costumbres de la era cristiana haga mejores hombres o consiga torcer las naturales inclinaciones que los dioses imprimieron en todos los humanos.

El tiempo hablará, como siempre lo ha hecho, y de hecho ya ha hablado: la gran interrupción del conocimiento que produjo la iglesia de Cristo, durante más de un milenio, desde principios de la presente era, solo se quebró, suavemente, a partir del Renacimiento y ha tenido, desde mediados del más convulso y sangriento de los siglos, el siglo XX, su más significativa ruptura con la civilización que aceptó, pero a sangre y fuego padeció, la interpretación terrenal del mensaje de Cristo. Si el mundo hubiera seguido evolucionando según los patrones del nunca igualado humanismo griego, que el cristianismo calcó, pero deformó arteramente, hoy estaríamos conociendo a los dioses reales en su real Olimpo y navegando por su universo en refulgentes naves. Un placer que no solo corresponde a los multimillonarios que, como sabes, ya han comenzado a darse paseitos espaciales, y como solo algunos herejes y bárbaros, hemos conseguido hacer, gratuitamente, desde hace milenios, mal que les pese a los dioses cristianos y a sus voceros. Pero, todavía, son muchos los intereses en que las masas humanas permanezcan bajo férreo control del imperio del neocapitalismo liberal, vano espejismo, mucho más castrante para la mayor parte de la humanidad, la siempre excluida del tan cacareado progreso, que los efectos de nuestras costumbres o civilizaciones ancestrales...".

Diomedes interrumpe el monólogo de Aquiles

—" Querido Aquiles, nos conocimos entonces y nos conocemos hoy; ambos hemos cambiado un poco, aunque sigamos pensando de tanto en tanto. Nuestras armas de broce de entonces y la palabra, han sido remplazadas por las armas nucleares y la palabra y, de ambas, las actuales tienen mayor poder de destrucción y de construcción que las antiguas, el secreto del progreso reside en saberlas utilizar y solo el juicio de las generaciones que nos sucedan podrá decidir si esta civilización estuvo en el camino de alcanzar la gloria y la tierra prometida o si por el contrario será mero objeto de estudio, por los románticos de los milenios futuros, como un ejemplo a no seguir. Los imperios y el esquema de poder que construimos en el pasado han sido sustituidos por otros nuevos; aunque, sorprendentemente, con sus raíces en ellos. Tal vez no haya otro esquema posible si no se produce una mutación en nuestra limitada impronta genética, pero, para tu consuelo, debes considerar que el hombre común, de estos tiempos, sigue buscando, honradamente, una salida posible y digna para una humanidad que se encuentra en los albores de su creación, pues solo seis mil años de civilizaciones, de progreso, frecuentemente interrumpido, no han sido suficientes para conocer el destino final de la humanidad que los dioses tienen previsto, si es que existe otro destino diferente que el de estar abocada a su final extinción. Es cierto que, para conseguirlo, se debería romper, definitivamente, con todo mito creado o recreado, desde la noche de los tiempos, y mirar al ser humano y la naturaleza como únicos protagonistas verdaderos de su existencia, enterrando, para siempre, a nuestros dioses de la vida y de la guerra que nunca

fueron dioses verdaderos, ya que fueron creados por el hombre mismo para su pueril consuelo y como instrumento injusto para la dominación del hombre por el hombre, ese amedrentado ser tan propenso a creer en lo que no ve, ni comprende, pero tan reacio a creer en sí mismo y en su prójimo, únicas claves para el posible conocimiento de La Verdad".

Aquiles toma la palabra

Dejemos estas hiperbólicas disquisiciones y hablemos de la Guerra de Troya, pues si bien Homero, en su poema, recogió, idealizadas, muchas esencias de todo aquello, quedan sueltos numerosos cabos y se omitieron muchas cosas. Entre ellas, el desenlace final de la guerra y el destino de muchos de los que allí combatieron.

Diomedes añade

Si, no estará de más que analicemos, entre los dos, toda esa serie de hechos que diferentes autores han contado, con rigor o inventando, sobre los que allí estuvimos. Lo cierto es que aquella cruel contienda despertó la imaginación de incontables artistas durante siglos, y fueron muchos los que pretendieron negar veracidad a Homero, atribuyéndole parcialidad e incluso falsedad en la narración de los acontecimientos. Pero tendremos que dejarlo para otro momento.